

Los dilemas de la razón y el progreso en un campo en ruinas; la exposición de la doctrina sansimoniana ¹

The dilemmas of reason and progress in a field in ruins: the doctrine of Saint-Simon: an exposition

Francisco Martínez Mesa
 Universidad Complutense de Madrid
frjmarti@cps.ucm.es

Recibido / received: 20/08/2016
 Aceptado / accepted: 14/09/2016

DOI: <http://dx.doi.org/10.20318/eunomia.2016.3294>

1. Presentación. Contexto histórico

Desde siempre, el entendimiento humano se ha encontrado enfrentado a un eterno dilema tan difícil de interpretar como igualmente de asumir: el referido a la cuestión de la irreversibilidad de la ruptura con las creencias pasadas. Entre el cúmulo de respuestas formuladas a lo largo de la Historia, muchas de ellas no siempre acertadas, también ha habido algunas que han sido capaces de llevar a cabo un diagnóstico correcto del problema y arrojar alguna luz en torno a la actitud seguida por los hombres al respecto. Una de ellas provino del teólogo y filósofo persa del siglo XI, Al-Ghazali, al afirmar que *no puede haber deseo alguno de regresar al conformismo servil una vez se ha abandonado, ya que para ser un conformista servil es condición previa no saber que uno lo es*. Y es que cuando alguien reconoce que las creencias anteriores, las que siempre ha tenido, son falsas –continuaba– *el cristal del conformismo servil se rompe: queda hecho añicos y no es posible recomponerlo juntándolos de nuevo. Lo único que se puede hacer –concluía– es fundirlos en el fuego para darles nueva forma* (Cfr. Schulz, 2015: 180).

Sirva esta sugerente reflexión, que por supuesto haríamos bien en aplicar a nuestra realidad más inmediata, para situar en su contexto más preciso el escrito que, inédito en nuestro país, a continuación presentamos: la *Exposición de la*

¹ El texto aquí presentado recoge la “Première Seance” de la *Doctrine de Saint-Simon. Exposition. Première Année 1828-1829*, Bureau de L’Organisateur, París, tercera edición, agosto 1831. Valga como curiosidad destacar que el volumen utilizado para la traducción y depositado en la Biblioteca Nacional de Madrid había sido propiedad del abogado Francisco Pi y Margall.



Doctrine de Saint-Simon, una obra colectiva realizada y publicada originariamente en París en 1830 por quienes en su momento se autoproclamaron sus discípulos y acabaron dando lugar a un movimiento muy pronto conocido como sansimonismo.

Esta obra se inscribe en una coyuntura histórica muy concreta –el periodo correspondiente a las décadas inmediatamente posteriores a la Revolución francesa- marcada por una sucesión de acontecimientos políticos vividos como traumáticos en su tiempo (el Terror, el fin del Imperio napoleónico, las exacciones de las tropas de ocupación dirigidas por el Congreso de Viena, la ilegitimidad de los reyes restaurados (Luis XVIII, Carlos X) cuyo impacto había contribuido a extender un sentimiento generalizado de inseguridad e inestabilidad permanente entre la sociedad (Cfr. Martínez Mesa, 2013: 64). Tan extendida se encontraba esta impresión, que buena parte de la opinión pública y el cuerpo social llegó a contemplar la Francia de entonces como un campo en ruinas; una imagen desde luego que parecía tan poco esperanzadora para los ciudadanos franceses como para el conjunto de la humanidad, pues si, a su juicio, ésta había avanzado en la senda de la libertad y el progreso había sido en buena medida gracias a los pasos trazados por aquella nación. A decir verdad, la convulsión de esos últimos tiempos se había traducido en una sucesión de regímenes de todo tipo en un tiempo record, y el resultado de todo ello fue una comunidad política tremendamente escindida, con una diversidad de intereses igualmente divididos. Los padres habían padecido los desastres, pero los herederos todavía no eran conscientes de los logros, muchos de ellos por consolidar aun, de aquella Revolución. El andamiaje del Antiguo Régimen se había ido desmantelando, pero las expectativas depositadas en la edificación de una nueva sociedad respiraban un aire de frustración porque los conflictos seguían persistiendo, como si la libertad individual –recién conquistada- no pudiera conciliarse con la felicidad de una comunidad comprometida en la consecución de sus derechos pero paralizada ante la diversidad de sus intereses (Cfr. Riot-Sarcey, 1998: 43). Y en este contexto complejo tampoco debemos olvidar un último factor a tener en cuenta y de singular importancia en nuestro relato: la emergencia de una generación de jóvenes surgida en el seno de las clases medias, nacida durante la Revolución y formada en las nuevas instituciones educativas creadas durante el Imperio (*École normale supérieure, École polytechnique*), en torno a nuevos criterios de capacidad y mérito, clara encarnación de esa resuelta voluntad de búsqueda de respuestas ante los problemas del país, en este caso, interpuestas desde un actitud de rebeldía, es decir, al margen y contra las instituciones establecidas (Cfr. Spitzer, 1987: 96).

Antes que ellos, efectivamente, otra generación, la revolucionaria, había acabado con todos los dogmas –y no solo con los reaccionarios. Pero su acción no supuso el advenimiento de la verdad, sino todo lo contrario, la extensión del escepticismo y el espíritu crítico, considerados para muchos los verdaderos males de la época. Como respuesta ante semejante panorama, surgirían infinidad de propuestas en un desesperado intento por dar continuidad a las cotas de progreso alcanzadas en los últimos siglos en el terreno material e intelectual sobre la base de unos fundamentos y unas estructuras sólidas y estables.

2. Saint-Simon

Como sostiene Thomas Kuhn, los periodos que discurren entre el fracaso de un sistema de creencias y el afianzamiento de otro nuevo se caracterizan siempre por una explosión de hipótesis contrapuestas, todas ellas regidas por un denominador común: la determinación de aquel punto del pasado donde se ha constatado el error para rectificarlo con vistas al futuro (Cfr. Schulz, 2015: 197). Sustentado sobre la entonces pujante filosofía del progreso, el espíritu científico



trató de servirse del movimiento de la historia y desentrañar las leyes del devenir humano. En este sentido, cualquier indicio, por pequeño que éste fuera, podía ser tremendamente valioso a la hora de dotar de sentido a la realidad y comprender el significado subyacente de aquella caótica sucesión de acontecimientos.

Para algunos, como Claude-Henri de Rouvroy, conde de Saint-Simon (1760-1825) dicho saber, localizado en la cima del progreso de la historia, solo podía desarrollarse de acuerdo a leyes siempre y cuando fueran comprendidas, leídas y conducidas por una nueva jerarquía de hombres ilustrados. Apartado del sensualismo –pasivo- de Condillac, su visión de la sociedad se encontraba alejada de la herencia de Las Luces: percibía ésta como un sistema sometido a leyes de evolución y ruptura comparables a las inscritas en el mundo físico, sólo comprensibles por medio de la historia, aunque a diferencia de Condorcet y en la línea de otro gurú de su tiempo, Victor Cousin, su transcurso discurría de manera discontinua, es decir, con sus avances y sus retrocesos (Picon, 2002: 47).

Desde esta particular visión de la historia, Saint-Simon contemplaba la Revolución francesa como un proceso inconcluso que no había culminado su función primordial, que no era la eliminación del régimen feudal, sino *la organización de un régimen económico y liberal cuyo objeto directo y único es la consecución de la mayor fuente de bienestar posible a la clase trabajadora y productora, que constituye en nuestro estado de civilización, la verdadera sociedad* (Cfr. Oeuvres de Saint-Simon: 1865-1876, III: 89). A su juicio, la sociedad industrial –formada por todos los productores (asalariados y empresarios)- representaba aquel estadio histórico definitivo donde la pasión por la dominación existente en el hombre y ejercida hasta entonces sobre sus semejantes (esclavitud, servidumbre, explotación) desaparecería para realizarse exclusivamente sobre la naturaleza. Con el final de la dominación humana llegaría también el de todas las causas del desorden asociadas a ella: la miseria, la ociosidad y la ignorancia, así como el de los principales males del sistema político contemporáneo: la arbitrariedad, la incapacidad y la intriga (Cfr. Oeuvres de Saint-Simon: 1865-1876, II: 200).

Pero semejante proyecto requería, sin embargo, una gran movilización de energías. Y aunque en un primer momento, el viento fue favorable -su propuesta fue inicialmente bien vista y acogida y por determinados sectores de la burguesía liberal interesados en la modernización e industrialización de Francia- éste no tardó mucho en cambiar. La creciente indiferencia de quienes habían sido sus principales apoyos políticos y financieros –más interesados ahora en alcanzar principios de acuerdo con los conservadores en el poder que en la defensa de los valores de capacidad, libertad y talento como antaño (cfr. Martínez Mesa, 2002: 76-77)- llevó al pensador a abrir su mensaje hacia un público más amplio. Para ello, y en ese afán por difundir su plan a un mayor número, y concretamente a las clases trabajadoras, Saint-Simon no sólo contempló el recurso de los vehículos tradicionales de la oratoria y la palabra escrita, sino también el del potencial contenido dentro del mundo del arte en tanto expresión de sentimiento y eficaz palanca de acción social. Pero, a diferencia de Kant, que buscaba analizar el arte en función de crear valores más desinteresados que encontraran en sí mismos su propio fin, Saint-Simon lo concebía de una manera utilitarista: en su condición de productor de *emociones* y *sensaciones*, es definitiva, de *acción* (Cfr. Oeuvres de Saint-Simon: 1865-1876, VI: 472).

Partidario, nunca lo debemos olvidar, de una revolución desde arriba cuyo objeto último era implantar en su país un modelo de modernización e industrialización, Saint-Simon jamás se rindió pese al desinterés creciente en Francia hacia sus ideas. La espiritualización de su discurso, ya en los postreros

años de su vida, constituyó una buena prueba de ello. Partiendo de la premisa de que las religiones no eran sino sistemas filosóficos materializados, procedió a reivindicar la regeneración del cristianismo sobre la base de un retorno a las que él consideraba sus fuentes –su universalidad y su positividad– con la meta final puesta en la creación de una moral terrestre y positiva que permitiera la realización del hombre en la Tierra y la culminación, en suma, de esa *edad de oro*, inscrita en el aquí y en el ahora (Pétre-Grenouilleau, 2001: 378-379).

3. La Exposición

3.1. Los discípulos

Pero la doctrina de Saint-Simon, cuya primera sesión presentamos, no coincide completamente con lo legado por el maestro tras su muerte en la primavera de 1825. Mucho de lo contenido en sus páginas sólo se explica a partir de quienes fueron convirtiéndose progresivamente en sus discípulos, conformando un grupo, en principio reducido, de jóvenes sedientos de cambio –muchos de ellos pertenecientes a aquella generación post-revolucionaria– atraídos por la novedad de las ideas y el poderoso magnetismo personal del pensador.

Desde siempre Saint-Simon se había rodeado de jóvenes colaboradores de gran valía –como fue el caso de Augustin Thierry, y sobre todo, Auguste Comte–, pero fue en el ocaso de su vida cuando el conde gustó de cultivar adeptos en reuniones pequeñas. Fue pues en aquella época cuando se forjó el núcleo central de discípulos que daría origen después a la escuela sansimoniana (Allemagne, 1930: 27). Tras el funeral del maestro, se constituiría formalmente ese grupo en el que rápidamente se van a distinguir las voces del normalista Olinde Rodrigues, el antiguo carbonario Saint-Amand Bazard o el politécnico Barthélemy-Prosper Enfantin, entre otros. La extracción de muchos de los miembros del ámbito universitario y científico respondía indiscutiblemente a ese ansia de respuestas que, en forma de construcciones sistemáticas y sintéticas, buscaban ofrecer alguna referencia de orden frente aquel paisaje de escombros que representaba la situación de su tiempo. En este sentido, el sansimonismo no iba a tardar en inscribirse dentro de lo que sería una tónica general en la época: la búsqueda de una verdad revelada que legitimara el gobierno de los hombres, y ello a través de la creación y configuración de doctrinas, corpus teóricos supremos concebidos para garantizar la estabilidad del sistema, cuya verdad solo podría ser formulada por aquella jerarquía racional de individuos capaces de comprender las leyes del progreso (Cfr. Riot-Sarcey, 1998: 92).

Comprometidos en la tarea de continuar la obra de su mentor y transmitir sus proyectos, el grupo constituiría a finales del mismo 1825 una sociedad comanditaria con un capital inicial de 50.000 francos, con cuyos fondos se financiaría una revista: *Le Producteur, journal general de l'industrie, des Sciences et des Beaux-Arts*. (Fournel, 1833: 35). Aunque el lema que presidía la publicación: *L'âge d'or qu'une aveugle tradition a placé jusqu'ici dans le passé est devant nous*, remitía inmediatamente al pensamiento de Saint-Simon, habría que esperar al número de abril del año siguiente para que sus editores decidieran presentar explícitamente la misma como el órgano oficial de difusión y divulgación de las teorías del maestro. Hasta entonces, el mensual había ofrecido una selección muy heterogénea de artículos y contribuciones, de orientación principalmente positivista y utilitarista (Briscoe, 1980: 130). Pero tras el cambio de rumbo editorial, buena parte de los colaboradores abandonaron la revista, dejando al frente de la misma a los discípulos más fieles.

Según algunos autores, este giro obedeció a cuestiones coyunturales y, en concreto, al conjunto de problemas políticos, económicos y sociales derivados de los frenos y dificultades que lastraban el proceso de industrialización en el país. Ciertamente, cuestiones como la fragilidad del sistema financiero, la crisis de subconsumo –para muchos, asociada a una mala asignación de recursos- y, sobre todo, el creciente antagonismo instalado tanto en el plano de la producción como en el conjunto del cuerpo social difícilmente podían invitar a participar del radiante optimismo proclamado desde la cabecera de la revista (Larizza-Lolli, 1976: 130). Como respuesta a ello, la reacción de los discípulos consistió en la reafirmación del discurso del maestro si bien insistiendo con mayor énfasis en la extrema urgencia de una reorganización absoluta de la sociedad de acuerdo a criterios de rigurosa jerarquía. Desde su punto de vista, las causas de la crisis, agravada, a su juicio, por la progresiva especialización del trabajo inherente al progreso humano, sólo serían contrarrestadas mediante una adecuada recomposición ideológica de los equilibrios sociales, a partir de un renovado poder espiritual comprometido en la defensa de los valores humanos. Sin embargo, su discurso no tardó en recibir importantes críticas: el hecho de que la organización interna del poder o los límites de su intervención no respondieran a criterios de elección popular sino exclusivamente a los asociados a la capacidad fue muy rápidamente cuestionado por los rivales liberales, que veían en ello una flagrante contradicción con la defensa de los principios de fraternidad y asociación universal también por ellos proclamado, lo que acabó conduciendo a que se tachase a los responsables de la revista de autoritarios y elitistas.

El cierre de la revista en diciembre de ese mismo año, fruto del agotamiento de fondos y editores no supuso, sin embargo, el final de la aventura. Los cronistas del movimiento hablan de una etapa de expansión silenciosa, en la que sus miembros no dejaban de plantearse nuevos proyectos editoriales mientras ampliaban sus lecturas a nuevos autores (Ballanche o Coëssin). Las reuniones entre los miembros eran constantes y al calor de ellas se constata el interés y las expectativas que el pensamiento del maestro aun seguía provocando. El proceso de elaboración intelectual de los discípulos tampoco había decrecido, aunque su ámbito de difusión ya no sería tanto la publicación impresa como la correspondencia epistolar entablada en su seno.

A principios de 1828, los principales miembros del grupo, con Enfantin, Bazard y los hermanos Olinde y Eugène Rodrigues a la cabeza decidieron dar un impulso al movimiento y, en su camino hacia la consecución de una mayor consistencia organizativa del grupo, procedieron a la creación de un sistema de configuración radial estructurado en torno a una serie de círculos concéntricos, destinado a encuadrar a los simpatizantes del movimiento y responder a los objetivos de difusión y crecimiento. Una vez constituido el *Collège*, núcleo y eje creador del corpus teórico, conformado por el más reducido número de discípulos originarios, comenzarían a sucederse reuniones y encuentros con un público interesado, procedente de muy diferentes ámbitos -desde el mundo del arte a la universidad en todas sus ramas (ingeniería, derecho, medicina, etc.).

De dicha labor de proselitismo surgieron las sesiones celebradas a partir del 24 de diciembre de 1828, cuya posterior recopilación –de un total de trece- dio lugar al primer volumen de la Exposición de la Doctrina. Esta obra recogería la transcripción escrita de los discursos pronunciados por los miembros (H. Carnot, P. Talbot, H. Fournel y Ch. Duveyrier) en el curso de aquel primer año. Aunque habría un segundo volumen –correspondiente al periodo 1829-1830- su impacto en relación con el primero fue considerablemente menor. Dado que ningún texto posterior tuvo la trascendencia de la obtenida por las iniciales sesiones de la Exposición, podemos

afirmar sin temor a equivocarnos que nos encontramos ante la obra más difundida y conocida del sansimonismo².

3.2. Temática

Pero más allá de su indudable popularidad ¿qué nos lleva a llamar la atención sobre este escrito apenas conocido en nuestro país? ¿Existen algún tipo de rasgo destacado o alguna aportación original que justifique su inclusión con todos los honores dentro de la historia del pensamiento y la teoría política?

A decir verdad, existe un cierto debate en torno a la originalidad de las ideas difundidas en estas reuniones celebradas en la rue Taranne de París. Para algunos investigadores, la *Exposición* constituye la *summa* del sansimonismo (Cfr. Picon, 2002: 130), en la medida en que, desde el primer momento, es planteada por sus autores como una fuente de autoridad que trata de dotar de coherencia la producción teórica del movimiento, a partir de un discurso analítico donde se conjuga una visión crítica del estado existente y una proyección científica del organismo futuro (Cfr. Charléty, 1969: 55; Briscoe, 1980: 156). Para otros, en cambio, se trata de un escrito sistemático especialmente diseñado para proporcionar una imagen orgánica que luego es muy difícil de sistematizar pues no deja de tener sentido en un lugar y un momento muy concretos (Cfr. Larizza-Lolli, 1976: 150). Y nosotros... ¿Hacia qué posición deberíamos decantarnos? Si, desde luego, como hemos apuntado desde el principio, hemos de atender a la importancia del contexto histórico resulta evidente que deberíamos inclinarlos más bien por esta segunda lectura. Es más, a la vista de las distintas sesiones recopiladas en este libro resulta a todos luces evidente que nos encontramos ante lo que parece la fase de cristalización de un periodo de reflexión teórica del movimiento -una vez cerrado el *Producteur*- durante unos años (1827-1830), como ya se ha señalado, marcados por los problemas económicos y sociales de las postrimerías de la Restauración. Con la nueva década se abriría una nueva etapa para la escuela, donde las crecientes dificultades para adaptarse a los cambios y su afán por diferenciarse de todos los partidos condujeron al proyecto sansimoniano a un punto sin retorno, sumido cada vez más a contradicciones crecientes. Aquel mensaje de esperanza y emancipación lanzado antaño, que tantos adeptos había atraído en un primer momento, acabaría entrando en una profunda crisis de la que ya no pudo salir, a pesar de las proclamas cuasi mesiánicas de las cabezas del movimiento (los *padres* Bazard y Enfantin) (Cfr. Picón, 2002: 71).

Unos años antes, sin embargo, en plena ebullición de análisis y propuestas, el sansimonismo fue capaz de articular una serie de ideas y planteamientos de extraordinaria profundidad y magnitud, cuya inserción en unos momentos de efervescencia política y social no solo nos permiten dar cuenta de la importancia de este movimiento sino también aproximarnos a una serie de temas y argumentos posteriormente recurrentes todavía aun la actualidad.

3.3. Los argumentos de crítica

Desde sus primeras páginas se percibe una manifiesta voluntad por parte de sus autores de afrontar los problemas de su tiempo sirviéndose como base -en la

² Tres ediciones (2.000 ejemplares en la primera de agosto de 1830, 2.000 en la segunda (noviembre), 3.000 en la tercera (agosto, 1831). Además un resumen de la primera sesión -a cargo de H. Carnot- fue publicado en la *Revue Encyclopédique* en noviembre de 1830, siendo posteriormente reimpresso como panfleto con una tirada de 10.000 copias distribuidas en tres ediciones (diciembre 1830-diciembre 1831) (Cfr. Fournel, 1833: 65).

línea de trabajos precedentes- de la metodología propia de las ciencias naturales. Ahora bien, con importante matiz con respecto al pasado: su creciente obsesión por todo cuanto lo que, a su juicio, pudiera interrumpir el curso histórico del progreso, llevó a los miembros del movimiento a optar por un discurso más centrado en la crítica social –para ellos, el verdadero corazón de la crisis- que en la caracterización de los problemas concretos en torno a los cuales se había diseñado originariamente el proyecto sansimoniano (Cfr. Lariza-Lolli, 1976: 200).

Efectivamente, ya desde el arranque de esta primera sesión queda claramente patente la voluntad de ofrecer una doctrina general radicalmente distinta de las propuestas políticas rivales (liberal y reaccionaria) capaz de proporcionar un orden a la anárquica sociedad de entonces. A partir de un juicio severo del mundo contemporáneo, el proyecto sentaba sus bases sobre una concepción voluntarista del progreso con una meta bien precisa -la definitiva regeneración social- y, sobre todo, con unos actores bien definidos –es aquí donde se inscribe la necesaria instauración de una elite investida de una misión de esclarecimiento ideológico. En lo que concierne al primer plano, no cabe duda de que la teoría del desarrollo histórico, con las correspondientes aportaciones previas del maestro, resultó ciertamente eficaz en su tarea de deconstrucción crítica, al interpelar ya desde las primeras páginas unos principios liberales que puestos a prueba por la realidad de los hechos mostraban un balance escasamente positivo (Boireau-Rouillé, 2001:85). Sin embargo, la contraposición de intereses, la dispersión de esfuerzos, el predominio del utilitarismo sobre el espíritu comunitario, o el exacerbado culto a la individualidad, no eran mostrados únicamente como la plaga de su tiempo sino también, y esto es lo más importante, como los principales obstáculos al movimiento del progreso y a los valores de unidad, solidaridad y organización de la actividad material y espiritual reivindicados por la escuela.

Efectivamente, en todo momento el eje de su discurso se iba a hacer discurrir en torno a la existencia de una serie de tensiones perpetuadas en el tiempo y pendientes de resolución ante las cuales ni los partidos liberales ni los partidarios de la tradición nada parecían ofrecer: frente al mal engendrado por el egoísmo y las prácticas sociales y económicas que ello comportaba, poco se podía esperar ni de la supuesta capacidad autorreguladora del capitalismo -defendida por A. Smith o J. B. Say en Francia- ni del progresivo desarrollo del espíritu asociativo y de las estructuras jurídicas y económicas por él inspirado.

Paralelamente, los discípulos trataron de escapar en todo momento de las acusaciones de quienes desde el bando liberal les venían relacionando con los pensadores tradicionalistas (Bonald, De Maistre, Lammenais...) dada su indisimulada nostalgia reaccionaria y su apelación a una sociedad ordenada y jerarquizada. En este sentido, la inscripción de su proyecto dentro de una visión de la historia regida por criterios racionales y científicos asociados al progreso y orientada inequívocamente hacia el futuro, permitió a la escuela esquivar dichas críticas sin por ello renunciar a conectar con las aspiraciones y preocupaciones sentidas por la opinión pública de entonces. Se trataba de hacer comprender al hombre moderno, sometido a los convulsos vaivenes de su tiempo, el significado subyacente y la dirección de un devenir histórico, sometido a la sucesión alterna de fases de expansión (épocas orgánicas) y crisis (épocas críticas), y explicar las distintas etapas de comunión y divergencia, los distintos momentos de asociación y antagonismo constatados en el transcurso de la humanidad.

Aunque, como se ha ido apuntando, su recurso a la Historia no fue en manera alguna original -en este sentido, las influencias fueron múltiples: desde la fundamental del propio maestro a las procedentes de pensadores tremendamente

disparos (Comte, Cousin o Ballanche)- su funcionalidad les permitió asentar las bases de su crítica y simultáneamente propugnar la necesidad histórica y la legitimidad filosófica del nuevo orden propuesto.

Partiendo de ese mismo enfoque, la Doctrina sansimoniana concibió el sistema político como aquel que abarcaba todo el orden social, siendo su objeto el funcionamiento de aquel ser *colectivo*, en cuyo seno todos eran partícipes de las mismas carencias y necesidades. Y, efectivamente, desde la primera sesión ya quedaba patente esa concepción global en la cual quedan integrados los tres ámbitos esenciales de la actividad humana: la ciencia, la industria y las bellas artes. Apelando a su sentido de compromiso y responsabilidad con sus semejantes, los autores se presentaban dispuestos a examinar los males de su tiempo con el rigor de la metodología propia de las ciencias naturales. Siempre, por supuesto, desde la insistencia en la exaltación de la actividad productiva y la lucha contra el parasitismo, la apología de la industria y su papel progresivo, y la necesidad de una organización científica de la obra de transformación de la naturaleza. En este sentido, ya desde el principio quedan despejadas las posibles dudas con respecto a las intenciones del grupo, al proclamar solemnemente su fe en el papel emancipador del trabajo y sus potencialidades regeneradoras y en su reconocimiento de la explotación industrial del mundo como fin supremo, en torno al cual orientar la creatividad humana y la organización de la vida social (Larizza-Lolli, 1976: 210).

3.4. La originalidad de la Exposición

Pero, más allá de estos presupuestos... ¿dónde residía la originalidad de la Exposición con respecto al discurso sansimoniano de los tiempos, por ejemplo, del *Producteur*? A decir verdad, ésta cabría situarse básicamente en la profundización de su análisis y en la intensificación de sus críticas con respecto a una serie de estrangulamientos considerados graves para el sistema, que el resto de la opinión pública no parecía detectar. Este replanteamiento crítico trajo consigo la aparición de temas nuevos que permitieron ampliar sus diferencias con los campos ideológicos tradicional y liberal con los que les había vinculado en el pasado.

La ruptura con el bando liberal iba a ser, desde luego, más significativa. Pues tanto Saint-Simon como sus discípulos habían compartido en el pasado objetivos comunes –especialmente en su defensa, en el ámbito económico-social, de lo que se conoció en su tiempo como *industrialismo* (Cfr. Briscoe, 1980: 28). Sin embargo, ese apoyo se fue progresivamente debilitando. Y uno de los principales motivos fue la creciente propensión del liberalismo, cada vez más instalado en el poder, a exaltar aquellos valores centrales de su discurso especialmente centrados en el plano de la autonomía individual y la autodeterminación. Tal actitud fue interpretada como una traición por parte del sansimonismo, más aun que el maestro, y acabó certificando su distanciamiento con unos valores y un sistema, que, a su juicio, se mostraban muy lejos de responder a sus proclamas oficiales de desarrollo y progreso, y evidenciaban una total impotencia ante la situación de estancamiento económico y el preocupante clima de antagonismo y conflicto social en el que se encontraba inmerso el país.

Como se puede apreciar en esta primera sesión de diciembre de 1828, los autores relacionaban el caos y la anarquía en la que se encontraban sumidos los tres pilares del sistema –ciencia, industria, bellas artes- con el triunfo de las ideas liberales y su apología del individualismo. Desde su punto de vista, el sistema de concurrencia ilimitada y el libre desenvolvimiento de los intereses individuales no aproximaban a los hombres a sus aspiraciones de racionalidad y civilización sino más bien al contrario, les apartaban de dichos objetivos y les remitían a las mismas

condiciones de conflicto y antagonismo de épocas pasadas. La similitud de este panorama con el presentado desde las filas de los sectores más reaccionarios – defensores del organicismo social- podía invitar a identificar sus discursos³. Por esa razón, como también se observa en estas páginas, los discípulos hicieron todo lo posible para desmarcarse de quienes hacían bandera del retorno al pasado. Ello explicaría su especial énfasis en su fe en el futuro y en la capacidad del hombre para superar sus seculares limitaciones y debilidades a lo largo de la Historia sin mirar atrás, sino solo hacia adelante.

Los nuevos temas que definen la Exposición responderían, en este sentido, a ese nuevo orden de obstáculos ante los cuales los actuales gobernantes se mostraban ciegos e incompetentes. La denuncia de la explotación, es cierto, no era nueva, pero su nuevo enfoque permitía los sansimonianos llamar la atención sobre la persistencia de la esclavitud humana bajo una nueva denominación y, en consecuencia, afirmar que el avance en el camino hacia la emancipación de la humanidad se encontraba lejos de estar culminado. Algo que también era apreciable en el hecho de que, a pesar de la igualdad proclamada, los individuos seguían sin disfrutar de condiciones de vida acordes con sus reales posibilidades y méritos. En todo caso, pese a la amplitud de la crítica –patente, por ejemplo, en las referencias del texto a la situación de la industria de entonces- y su voluntad de extenderla al ámbito a la clase de asalariados, lo cierto es que no se pueden dejar de señalar las limitaciones de un análisis que no examina la formación del beneficio industrial y, en consecuencia, los mecanismos de explotación y opresión, por lo que todo acaba reduciéndose a asimilar la emancipación jurídica-formal con la emancipación económica-social (Cfr. Larizza-Lolli, 1976: 218).

Una segunda cuestión, tampoco absolutamente original, se centraba en la crítica del régimen jurídico de propiedad. En este aspecto, tanto en Saint-Simon como en sus seguidores, el análisis quedaba circunscrito al terreno de su historicidad. En otras palabras, lo que se trataba de transmitir es que el actual régimen de propiedad no se ajustaba a la evolución de los tiempos ni a la etapa definitiva del progreso histórico a la que se aproximaba el hombre. En consecuencia, la única alternativa posible pasaba por evolucionar, dejando atrás las formulas del pasado y adaptarse a la nueva era industrial.

Sin embargo, la Exposición, no se limitó a señalar su obsolescencia. Y al objeto de reafirmar su discurso, introdujo otro elemento de descalificación: a saber, el carácter alienante del régimen de propiedad privada en tanto institución jurídica que inscribe al hombre en un plano de deshumanización y lo enfrenta con sus semejantes. Tal consideración de la propiedad como el dios de los nuevos tiempos explicaría a su juicio, la exacerbación del egoísmo y las reticencias de las clases dominantes a abandonar su posición de privilegio –algo perfectamente perceptible en el escrito cuando examina las tres esferas de la sociedad y sus repercusiones en el mundo de la ciencia o en la esfera de las relaciones sociales e individuales. Los sansimonianos irían más allá y harían extensiva esta crítica al derecho de herencia, procediendo en este caso desde una perspectiva novedosa, al vincularlo con el régimen de propiedad y el clima de ruina moral vigentes.

En esta inicial sesión de la exposición, no obstante, los discípulos no apuntaron tanto a plantear soluciones, como a detectar insuficiencias. Habría que esperar a las siguientes reuniones para encontrar nuevas formulaciones. Sin

³ Uno de los pioneros en la crítica al sansimonismo como doctrina totalitaria, la tenemos en Stendha (1825: 269-285), U. B. Constant (1825: 663-674). Entre los críticos más contemporáneos más representativos destaca Iggers (1970).

embargo, en el final de esta primera conferencia ya queda patente su absoluto recelo hacia el régimen de gobierno representativo, por aquel entonces en el poder, y por extensión hacia cualquier forma política que mantuviera el *statu quo* imperante. A su juicio, los nuevos tiempos exigían un grado de civilización donde la producción constituyera una necesidad colectiva –no individual- que uniera y no atomizara el cuerpo social.

3.5. La deriva final del movimiento. Arte, sentimiento, religión

Ante el cúmulo de resistencias en la sociedad que el proyecto fue encontrando y el juego de contradicciones internas contenidas en su discurso, el mensaje de esperanza y emancipación sansimoniano reaccionaría en el futuro recubriéndose de una inequívoca configuración religiosa, donde la concepción providencialista de la Historia y la exaltación del sentimiento como la más noble de las facultades humanas permitían trascender el creciente orden de obstáculos interpuestos.

La función del arte cobraría entonces un papel fundamental que ya era posible percibir en algunos párrafos de esta sesión: en tanto eficaz vehículo de difusión y propaganda, aparecía concebido como una garantía para la cohesión social y la práctica ciudadana y un privilegiado canal de transmisión con el *poder espiritual* desde el cual gestionar los sentimientos y emotivos del hombre en aras al creciente nivel de maduración e intelectual humano.

El resultado de la deriva místico-religiosa de la escuela, liderada por las dos cabezas supervivientes del grupo, Bazard y Enfantin, y desarrollada teóricamente en las sesiones del segundo año (1829-1830), culminaría con la constitución de la Iglesia sansimoniana en diciembre de 1829. Así pues, y ante la situación persistente de crisis, la respuesta a la necesaria regeneración de los espíritus y al establecimiento de un clima de consenso generalizado –con una jerarquizada élite capaz de llevarlo a cabo- acabó conduciendo al movimiento –muy influido por diversidad de corrientes contemporáneas, de Reid a Stewart o los ideólogos, por ejemplo- a la conformación de una religión laica, que no buscaba retomar los esquemas religiosos tradicionales sino renovar el concepto de divinidad, sustituyendo el dios de los ejércitos por el dios del trabajo y reemplazar la opresión del pasado por la emancipación social pendiente. Un nuevo rumbo, sin embargo, que no impidió el progresivo declive del movimiento, y su creciente pérdida de apoyos en la sociedad.

4. A modo de conclusión

Generalmente adscrito junto al maestro dentro de la dudosa categoría del *socialismo utópico*, el sansimonismo ha tendido a ser conocido en nuestro país como una mera extensión del pensamiento de Saint-Simon, sin apenas recorrido intelectual propio. Valga la publicación de este texto inédito para reivindicar el papel y la obra de un movimiento cuya originalidad no puede dejar de inscribirse en los turbulentos tiempos que le tocó vivir. En efecto, el proceso de instauración del sistema capitalista y de la industrialización en Francia y el tremendo vacío abierto por la Revolución inspiraron una diversidad de propuestas tremendamente apegadas a las condiciones históricas del momento. Pero muchas de ellas quedaron invisibilizadas en el fragor de los acontecimientos, cuando no injustamente asociadas a otros autores y sistemas teóricos posteriores, en un momento en que el nuevo marco capitalista ya se encontraba plenamente instaurado. Y sin embargo, sus críticas al modelo de explotación –la equiparación del trabajo asalariado con la esclavitud-, al régimen de propiedad y a su potencial alienador, las referencias a la

tarea inconclusa de la revolución burguesa –considerada inacabada-, el papel conferido al arte como eficaz instrumento de propaganda y manipulación de masas, o el debate en torno al papel del individuo en un mundo globalizado, son tan sumamente decisivas y claves en las décadas y siglos venideros que no podemos por menos que llevar a cabo un modesto ejercicio de justicia y tratar de restituir a sus verdaderos creadores la autoría de estos temas contenidos en esta interesante pieza (inicialmente concebida para ser pronunciada en público), que nos recuerda, una vez más, la cantidad de tesoros del pensamiento político pendientes aun de recuperar.

Bibliografía

- BOIREAU-ROUILLE, M. (2001). “Les enjeux politiques d'une science des sociétés. Lecture du Producteur, Journal philosophique de l'industrie, des sciences et des beaux-arts, 1825-1826”. En: RIOT-SARCEY, M. *L'Utopie en questions*, Presses Universitaires Vincennes, pp. 81-102.
- BRISCOE, J. B. (1980). *Saint-simonism and the Origins of Socialism in France, 1816-1832*, Columbia.
- CHARLETY, S. (1969). *Historia del sansimonismo*, Alianza.
- D'ALLEMAGNE, H-R. (1930) *Les saint-simoniens, 1827-1837*, Gründ.
- FOURNEL, H. (1833). *Bibliographie Saint-simonienne (1802-1832)*, Alexandre Johanneau.
- IGGERS, G.G. (1970). *The Cult of Authority: The Political Philosophy of the Saint-Simoniens*, Martinus Nijhoff.
- LARIZZA-LOLLI, M. (1976). *Il Sansimonismo (1825-1830), Un'ideologia per lo sviluppo industriale*, Edizioni Giappichelli.
- MARTINEZ MESA, F.J. (2002), “¿Cosmopolitismo o nacionalismo? Apuntes para una reinterpretación del discurso internacional sansimoniano: Saint-Simon” *Foro Interno*, núm. 2, pp. 73-96.
- MARTINEZ MESA, F.J. (2015) “Utopía, cultura crítica y sociedad industrial: una aproximación a la naturaleza subversiva del discurso sansimoniano” en *Foro Interno*, num.13, pp. 63-90.
- PÉTRÉ-GRENOUILLEAU, O. (2001). *Saint-Simon. L'utopie ou la raison en actes*, Payot.
- PICON, A. (2002). *Les saint-simoniens*, Belin.
- RIOT-SARCEY, M. (1998). *Le réel de l'utopie*, Albin Michel.
- SAINT-SIMON, H. *Oeuvres de Saint-Simon et d'Enfantin*, Vol. 47, E. Dentu, 1865-1976.
- SCHULZ, K. (2015). *En defensa del error*, Siruela.
- SPITZER, A. B. (1987). *The French Generation of 1820*, Princeton U.P.
- STENDHAL (1825). “D'un nouveau complot contre les industriels”. En: V. Del Litto y A. Abravenel (ed.), *Oeuvres complètes*, Ginebra, 1971, pp. 269-285.

EXPOSICION DE LA DOCTRINA DE SAINT-SIMON DE LA NECESIDAD DE UNA DOCTRINA SOCIAL NUEVA

SESION PRIMERA

Señores,

La sociedad, considerada en su conjunto, presenta la imagen hoy de dos bandos enfrentados. En uno se encuentran atrincherados los defensores poco numerosos de la doble organización religiosa y política de la Edad Media; en el otro se sitúan, bajo la denominación bastante impropia de partidarios de las nuevas ideas, todos aquellos que han aplaudido o cooperado al derrumbamiento del antiguo edificio. Es en medio de ambas huestes donde nosotros venimos a aportar la paz, anunciando una doctrina que no predica solamente el horror a la sangre, sino también el horror al combate, independientemente de la forma en que ésta se disfraza. Antagonismo, entre un poder espiritual y un poder temporal, oposición, en honor de la libertad, concurrencia por el mayor bien de todos, nosotros no creemos en la necesidad de ninguna de estas máquinas de guerra, nosotros no reconocemos a la humanidad civilizada ningún derecho natural que la obligue y la condene a desgarrar sus entrañas.

Nuestra doctrina, no lo dudamos, dominará el porvenir de manera más completa que las creencias de la antigüedad en su época; de manera más completa que el catolicismo en la Edad Media, más poderosa que sus mayores, su acción benéfica se extenderá a todos los puntos del globo. Sin duda, su aparición levantará vivas repugnancias, y sin duda también su propagación se topará con numerosas barreras; pero estamos preparados para vencer a unas, así como seguros de que tarde o temprano serán derribadas las otras, porque el triunfo está asegurado cuando se marcha con la humanidad, y no está al alcance de ningún hombre sustraerse de su ley de perfectibilidad.

Recién salidos de un periodo fecundo en desórdenes y sufrimientos, hemos visto cubrir la sima donde todo ello ha sido sepultado junto a las antiguas creencias y los antiguos poderes políticos que han dejado de ser legítimos, pues ya no están en armonía con las exigencias de la sociedad nueva; podría decirse, por tanto, que los corazones, más exhaustos que satisfechos, pueden acoger con amor la ley que un día unirá a todos. Pero el recuerdo reciente de una lucha a muerte, la actitud revolucionaria que todos los sentimientos se creen aun obligados a tomar, retrasan el día de esa unión. Nuestro indócil humor, nuestro hosco odio, nos remiten incesantemente al fantasma del despotismo. En un conjunto de creencias y de acciones comunes, nuestro orgullo solo ve un nuevo yugo, similar a aquel que ha venido de ser roto a costa de tantas lágrimas, y tanta sangre y sacrificios. Todo cuando parece destinado a restablecer el orden y la unidad cobra, a nuestros ojos, ensombrecidos por la desconfianza, la apariencia de una tentativa de involución.

Esta anarquía permanente en el seno de la cual se debate la especie humana, esta laxitud universal de los vínculos sociales parece atemorizar a algunos pensadores; pero la mayoría de ellos, dominados por ideas científicas incompletas, creen que no hay aun los suficientes hechos constatados, las suficientes observaciones recogidas, para la producción de una Doctrina general. Para nosotros, en cambio, ese problema está resuelto. Hemos extendido la mirada más



allá del estrecho círculo del presente y, penetrando en el pasado, nos hemos encontrado saturados y abrumados por los hechos: desde entonces no hemos albergado ninguna duda de que ha llegado el momento de que una nueva concepción abarque y explique las cuestiones y pormenores acumuladas desde hace tantos años. Desde la confianza que nos proporciona convicción tan profunda, presentamos hoy ante vosotros esta concepción. Si es falsa, si resulta ser un sistema tan infructuoso como los demás, no despertará ninguna simpatía, y mantendrá a las poblaciones sumidas en el egoísmo. Pero si es verdadera, si es la fuente fecunda de donde nuestros sobrinos extraerán la felicidad que hoy se nos niega, el impulso de simpatía que excitará en todos los corazones constituirá el testimonio esplendoroso de su legitimidad.

Su valor no debe juzgarse, sin embargo, por el efecto que pueda producir de partida hasta en los espíritus más elevados, pues tal y como se muestra en su disposición actual, un obstáculo se opone a su popularidad: el despectivo recelo, que hacia todo tipo de idea general, siempre han inspirado las limitados hábitos contraídos en el estudio de las especialidades. Generalmente las doctrinas filosóficas suelen ser contempladas como raptos de impotencia, como meros ejercicios de gimnasia intelectual, que a fin de probar su esterilidad suelen presentarse englobadas a una multitud de filosofías aparecidas en todas las épocas. En todo este lenguaje hay una verdad y un error; conviene hacer la distinción antes de ir más allá.

Efectivamente, claro que son impotentes esas fantasías del espiritualismo o del materialismo, que, en todas las épocas críticas, se repiten por igual, independientemente de la forma en que se presenten: efectivamente, claro que son estériles esos aforismos de moralistas, que jamás han producido acto alguno de abnegación, ni han dado un hombre honesto a la sociedad. Pero las recopilaciones de máximas, sentencias, y observaciones morales apáticas, o algunos sistemas sobre el papel de las facultades intelectuales, su esencia y sus resultados, no son concepciones filosóficas. Sólo puede atribuirse tal denominación al pensamiento que abrace todos los modos de la actividad humana, y dé solución a todos los problemas sociales e individuales. Basta decir que no ha habido más doctrinas filosóficas dignas de ese nombre que estadios generales de la humanidad; de hecho, el fenómeno de un orden social regular solo se ha presentado dos veces en la serie de la civilización a la que pertenecemos y sus hechos se han sucedido de manera ininterrumpida desde la antigüedad y la edad media. El nuevo estadio general que ahora anunciamos para el porvenir constituirá el tercer anillo de esa cadena; y aunque no será completamente idéntico a los precedentes, sí ofrecerá algunas analogías sorprendentes con ellos, en relación al orden y a la unidad. Sucederá a los diversos periodos de crisis que nos agitan desde hace tres siglos, y se presentará, en definitiva, como una consecuencia de la ley del desarrollo de la humanidad.

Esta ley, revelada al genio de SAINT-SIMON, y verificada por él sobre una larga serie histórica, distingue dos estados distintos y alternativos de la sociedad; uno, que llamamos estado orgánico, donde todos los hechos de la actividad humana son clasificados, previstos, y ordenados por una teoría general; donde el fin de la acción está netamente definido. Otro, que denominamos estado crítico, donde toda comunión de pensamiento, toda acción de conjunto, toda coordinación han cesado, y la sociedad se dibuja como una aglomeración de individuos aislados, donde los unos se enfrentan con los otros.

Cada una de estas etapas ha ocupado dos periodos de la historia. Un estado orgánico precedió a la era de los griegos, luego conocida como era filosófica, y que

nosotros denominaríamos con mayor exactitud con el título de época crítica. Una nueva doctrina fue producida más tarde, recorriendo todas sus diferentes fases de elaboración y perfeccionamiento hasta acabar por establecer finalmente su poderío político sobre todo Occidente. La constitución de la Iglesia inauguró esa nueva época orgánica que acabaría deteniéndose en el siglo XV, en el momento en el que los reformadores dieron la señal de inicio para la crítica continuada hasta nuestros días.

Las épocas críticas presentan dos periodos distintos; durante el primero, reina una acción colectiva que, restringida en un principio a los hombres más simpáticos, se propaga muy pronto a las masas; su fin, premeditado en los unos, instintivo en los otros, es la destrucción del orden establecido, pero de un orden que suscita todas las repugnancias. Los odios acumulados estallan definitivamente, y pronto solo quedan de la antigua institución algunas ruinas, para dar testimonio de lo que en su día fue una sociedad armónica. El segundo periodo corresponde al intervalo existente entre la destrucción del antiguo orden y la edificación del nuevo. En este punto, la anarquía ha dejado de ser violenta, pero ha devenido más profunda: se da entonces una divergencia completa entre los sentimientos, los razonamientos y los actos.

Tal es el estado de incertidumbre en el cual nos encontramos inmersos, y al que los apóstoles de la libertad no han sabido ni calmar ni suavizar. Gustan de considerar como definitivo este bastardo sistema de garantías, creado improvisadamente para responder a las necesidades críticas y revolucionarias del último siglo. Exhiben como expresión del último periodo del perfeccionamiento social, las declaraciones de derechos del hombre y del ciudadano, así como todas esas constituciones a las que sirven de base; proclaman que esta era la gran conquista (*ridiculus mus!*) por la que el mundo había estado trabajado durante muchos siglos. Si se les señala el malestar general, replican con aplomo que esas inquietudes responden a causas pasajeras y accidentales; conciben la lucha de los pueblos y sus dirigentes como parte integrante de la condición humana; concluyen, en suma, que la sociedad ya no tiene nada que esperar, una vez la desconfianza se ha regularizado; argumentan, en favor de las teorías modernas, el rápido desarrollo de las ciencias, la importancia alcanzada por la industria; en cambio, guardan un modesto silencio sobre esa manera de ser del hombre, la única, que sabe hablar al corazón y emocionar; nada dicen tampoco, sobre las bellas artes, a las que restringen a la consideración de mero esparcimiento, un compuesto de imágenes alegres e impresionantes, cuyo fin útil es dotar de encanto el esparcimiento de una fastuosa y onerosa ociosidad.

Echemos un rápido vistazo a las ciencias, la industria y las bellas artes, y veamos si esos tres grandes órganos de la sociedad, considerada como un SER COLECTIVO, ejecutan sus funciones con esa desenvoltura, y sobre todo con esa armonía que mantiene la salud y el vigor del cuerpo social, y facilita el desarrollo de todo lo que le es susceptible. Podremos así apreciar rápidamente cual es la influencia ejercida por la disposición actual de los espíritus sobre las relaciones individuales y sociales.

CIENCIAS

Nuestro siglo está penetrado de una santa admiración ante los progresos que ha visto aparecer; alude con complacencia al gran número de sus sabios; y si se digna retener algún recuerdo del pasado, lo hace para contraponer la sombra con la luz, el sueño con el despertar, y darse así un más brillante homenaje.



Examinemos, con la mayor brevedad posible, si esa pretensión está tan justificada como puede parecer a primera vista.

La ciencia se divide en dos divisiones de trabajo, la que corresponde al perfeccionamiento de las teorías, y la que afecta a su aplicación. Avancemos de partida recordando que, en general, la mayor parte de los científicos desatienden totalmente la primera en beneficio de la segunda. Aquellos sabios que en muy pequeño número contribuyen directamente a hacer avanzar la ciencia se encuentran comprometidos en la senda abierta a fines del siglo diecisiete por BACON. Acumulan experimentos, diseccionan toda la naturaleza, enriquecen la ciencia con nuevos datos, añaden hechos más o menos reveladores a los precedentemente observados; la mayoría verifica, la mayoría va armada con su microscopio, para que ni el más mínimo fenómeno quede fuera de su vigilante exploración. ¿Pero qué sabios clasifican y organizan esos hallazgos acumulados desordenadamente? ¿Dónde están los sabios que guardan las espigas de esta abundante cosecha? Algunas gavillas se descubren por aquí y por allá; pero se encuentran dispersas en el vasto campo de la ciencia; desde hace más de un siglo, pues, ninguna gran visión teórica ha sido creada. Si se pregunta qué vínculo une la atracción celeste y la atracción molecular, qué concepción genérica sobre el orden de los fenómenos preside las investigaciones de los científicos, sea la división de que se trate, o tengan como objeto de estudio los cuerpos brutos o los cuerpos organizados, ninguna de estas cuestiones se encontrará con respuesta, pero tampoco ni la más mínima inquietud por hallarla. Se ha procedido a dividir y subdividir los trabajos, lo cual es muy sensato, indudablemente, pero se ha roto el lazo que los reunía y les proporcionaba una dirección común: a partir de ese momento cada ciencia, vanagloriándose de lo que cada una de ellas califica como su emancipación, ha seguido su camino particular. Como la antigua concepción ya no satisfacía a los descubrimientos modernos, la conclusión a la que se ha llegado es que todo ha de fiarse exclusivamente a investigaciones basadas en la observación, con lo que lo único elevado que ahora nos encontramos son columnas aisladas, pero ningún edificio regular.

Se dirá que existen academias, a la que se encuentran llamados todos aquellos hombres que, en virtud de sus hallazgos, han dado pruebas de una alta capacidad; y, por tanto debería creerse que el terreno de la ciencia está siendo aprovechado por ellos de las manera más amplia y conveniente. Y, en efecto, existen academias, y cuantos miembros las integran son todos poseedores de un gran saber; de hecho, cada uno dispone de su ciencia, algunos incluso disponen hasta de varias. No es éste el lugar donde dictaminar si el espíritu de camarilla que se ha introducido en estas sociedades no ha presidido alguna vez la elección de algún cargo; esa es una de las miserias contemporáneas que nosotros no deseamos volver a sacar; pero sí podemos afirmar de esos cuerpos científicos lo que ya dijimos antes de las ciencias mismas: ninguna gran visión armoniza sus trabajos. Los miembros que las conforman se reúnen en una misma sala, pero ni comparten idea común alguna, ni emprenden trabajo común alguno; que todos portan la misma indumentaria es su único rasgo de unidad, pues ninguna simpatía reina entre ellos. Cada uno se libra a sus investigaciones todas ellas seguramente muy útiles e importantes, pero ninguno se toma la molestia de ver si alguna ciencia cercana podría aclarar sus estudios. Si algunos físicos abandonan la explicación de NEWTON en beneficio de HUYGENS, la sección de física decide por su cuenta el cambio. Y qué decir de las ciencias MORALES Y POLÍTICAS, cuando ellas no se encuentran ni representadas en nuestro Instituto.

El resultado de esta organización viciada de los cuerpos científicos, de esta ausencia de jerarquía intelectual, es que la academia más respetable difícilmente

puede sentirse legitimada a la hora de determinar el estado de los avances obtenidos o de los hallazgos a conseguir; ni para fijar los problemas acuciantes a resolver, ni para apreciar los resultados alcanzados o los esfuerzos empleados; ni para dirigir, en definitiva, los trabajos con rapidez y regularidad, cara al objetivo final de perfeccionamiento. Puede convocar algunos mezquinos concursos para resolver tal o cual cuestión, pero si el público no atiende su llamada, lo que a veces suele suceder, el problema queda pospuesto indefinidamente, y la solución, sin duda necesaria, que el programa reclamaba, queda por hacer.

Tales son las diversas razones a las que cabe atribuir la esterilidad de las academias. El objeto de su fundación, más que ser el de proporcionar una recompensa, un espacio de retiro a los hombres que se han distinguido en la carrera de la ciencia, debía haber sido el de crear asociaciones laboriosas, destinadas a organizar y centralizar los esfuerzos. Pero sin un principio activo, o una autoridad que distribuya el trabajo o juzgue sus frutos... los resultados obtenidos han sido insignificantes, aun cuando los integren personas con las más altas capacidades. Pero ¿qué se puede esperar cuando quienes las integran casi exclusivamente son sabios entregados a trabajos menores y eminentemente prácticos?

Cuanto acontece ante nuestros ojos es la consecuencia de esa ausencia de orden que constatamos. Ante la inexistencia de un inventario oficial de descubrimientos registrados, los sabios aislados se encuentran permanentemente expuestos a repetir experimentos ya realizados por otros, que de ser conocidos, permitiría ahorrar ensayos, a veces tan penosos como inútiles, facilitándoles medios para avanzar hacia adelante. Añadamos a ello también que su tranquilidad tampoco es completa porque se encuentran obsesionados por la existencia de un potencial competidor que esté espigando su campo y (como se dice) llegue a hacer historia; ello les lleva, por tanto, a ocultarse, acelerar y realizar con premura y en solitario lo que requeriría calma y apoyo de la asociación. Sea la forma bajo la que se presente, en definitiva, resultan patentes, los inconvenientes que derivan de una organización que cede el perfeccionamiento de las teorías científicas a las iniciativas individuales. Y ello porque la academia no CONTROLA el progreso, únicamente se contenta con REGISTRARLO.

Hemos afirmado que la mayoría de los científicos se entregan a la práctica. Allí donde la existencia de los científicos no está asegurada de todo punto por una previsión social, el abandono de la teoría pura constituye una realidad; pues para poder entregarse a ella es necesario que confluyan una serie de casualidades asociados al nacimiento en términos de fortuna y alta capacidad, que rara vez tiene lugar. No es que el gobierno no recompense de tanto en cuanto a los científicos, sino que, es incompetente hasta donde más no se puede llegar porque los utiliza en las escuelas, en las facultades, en los arsenales, etc., atrayéndoles hacia la práctica mientras les resta de un tiempo precioso para la teoría. Queda siempre el noble y gran recurso de las sinecuras; pero ¿Habría alguien que quisiera pagar ese precio solo por trabajar en paz? ¿Qué espíritu elevado consentiría disfrutar de una función que ya no le llena, cuando siente dentro de él otros verdaderos títulos que hacer valer? ¿Por qué la insultante palabra favor habría de intervenir allí donde es la de justicia la que debería expresar todo? En decir, a cambio de un favor, un poder totalmente ajeno a la ciencia, el científico acaba reducido al mero papel de solicitante y sometido a una servidumbre política y moral completa, que le acaba obligando a optar entre su amor por la ciencia, es decir, por el progreso de la inteligencia humana, y su amor a sí mismo.

Se os dirá, sin embargo, que la sociedad encuentra amplias compensaciones ante los inconvenientes que se señalan; los científicos, obligados, para vivir, a

entregarse a la aplicación, obtienen indudablemente milagros en esa dirección. Este argumento se presenta como una evidencia; pero si uno va a la verificación de los hechos, encontramos funciones en general mal completadas, y en ningún lugar se encuentran dichos milagros. La desgana y el hastío afloran en los trabajos que no se aman; la vida transcurre entre lamentos, y las altas capacidades pasan por la tierra y se extinguen, después de no haber aportado a la sociedad más que una magra parte de los servicios que hubiera podido rendir. Suponed que un hábil ingeniero fuera llamado a calcular, contar y hacer esparcir una pila de piedras sobre una gran vía; probablemente esta labor sería peor desempeñada por él que por un subalterno, mientras que aquella tarea mucho más importante que estaba llamado a realizar no fuera hecha. Puesto que hablamos de la aplicación, ¿no resulta evidente que la primera y más grande aplicación en la que habría de centrarse la ciencia debería ser la enseñanza? Sin embargo, existe una discordancia completa entre el cuerpo científico y el cuerpo enseñante; se podría decir, con todo rigor, que no hablan la misma lengua. Ninguna medida general es tomada solo para el progreso, a medida que son alcanzadas, pasan inmediatamente a la educación; y si esto no es así, como es el caso, no existe ninguna escala amplia y segura que permita descender de la teoría a la práctica.

De esta manera, sin querer desprestigiar a los hombres que, gracias a sus vigiliias, rindieron servicios a la sociedad, aunque a distancia de los DESCARTES, PASCAL, NEWTON, LEIBNITZ, sin pretender, pues, denigrar sus trabajos, a menudo de una capacidad poco común, nos sentimos obligados a admitir que no hay ningún gran pensamiento filosófico que domine o dirija las concepciones científicas actuales. De todo su conjunto, solo podemos extraer una rica colección de hallazgos particulares; un museo de bellas medallas, a la espera de una mano que las sepa clasificar. El desorden de los espíritus ha invadido las mismas ciencias, ofreciendo un desalentador espectáculo de completa anarquía. Proclamemos, por tanto, para terminar, que es en esta ausencia de unidad de la vida social donde hay que situar la causa del mal, y en el descubrimiento de esa unidad la clave de su remedio.

INDUSTRIA

Posiblemente se hayan exaltado aún más las maravillas de la industria que las de la ciencia: procedamos pues a apreciar los esfuerzos desarrollados en esta dirección.

Aquí, como en las ciencias, tampoco trataremos de negar cuantos progresos han sido realizados. Resulta evidente que las ciencias, recientemente dirigidas hacia la aplicación, han arrojado luz sobre diferentes ramas de la tecnología; y más evidente es todavía que, al servirse de los esfuerzos de nuestros predecesores, hemos dejado ya a éstos atrás. La cuestión, por consiguiente, no es saber si la industria ha obtenido conquistas, que nadie aplaudirá más que nosotros; lo que realmente nos importa es determinar si la marcha de su camino hacia las mejoras podría haber sido más rápido aun de lo que ahora lo es. Para ello vamos a proceder a observar la industria a la luz de tres grandes aspectos: 1º la parte tecnológica; 2º la organización del trabajo, esto es, la repartición de los esfuerzos de producción, habida cuenta de las necesidades del consumo; 3º la relación de los trabajadores con los propietarios de los instrumentos del trabajo.

En el estado avanzado en el que encuentran la ciencia y la industria, la segunda se presenta como debía ser, en materia de tecnología, una derivación de la primera, una aplicación directa de sus resultados en la producción material, y no solo una simple colección de procedimientos rutinarios, más o menos confirmados



por la experiencia. Nada, sin embargo, hay organizado a la hora de hacerla salir de las estrechas vías donde aún la vemos inserta, y poder situar así las prácticas industriales a la altura de las teorías científicas. También aquí todo se encuentra todavía a expensas de la suerte incierta de las luces individuales. Los ensayos, generalmente largos y perjudiciales, suelen ser los únicos medios empleados por los industriales para la apreciación de sus procedimientos; ensayos que cada uno de ellos se ve obligado a repetir, pues, en virtud de la concurrencia, a todos les interesa cubrir de misterio, a fin de conservar el monopolio, las invenciones que alcanzan. Si se opera un acercamiento entre teoría y práctica, siempre resulta fortuito, aislado, e incompleto.

Evidentemente, pese a todas estas trabas, cabe hablar de avances; pero ¿a qué coste? ¿Qué de esfuerzos perdidos, qué de capitales dilapidados, y qué congoja al pensar en los fundadores de aquellos más bellos establecimientos sin apenas frutos! En la industria como en la ciencia, no encontramos más que esfuerzos aislados; pues el único sentimiento reinante es el egoísmo. El industrial se preocupa poco de los intereses de la sociedad. Su familia, sus instrumentos de trabajo, y esa fortuna personal que se esfuerza en alcanzar, he ahí toda su humanidad, su universo y su Dios. Quienes así orientan su carrera, solo divisan enemigos; aguardarles, espiarles y arruinarles: en esto se resume toda su felicidad y gloria. ¿Y en manos de quién, por tanto, han quedado la mayor parte de los talleres e instrumentos de la industria? ¿En las manos de aquellos que podrían extraerles el mejor partido posible en interés de toda la sociedad? Por supuesto que no. Generalmente se encuentran manejados por gerentes incompetentes, cuyo interés personal no basta por enseñarles lo que ya deberían saber.

Otros Inconvenientes no menos graves aparecen también en la organización del trabajo. La industria, como ya hemos dicho, posee una teoría, a través de la cual se puede ver cómo producción y consumo pueden y deber estar armonizados en todo momento. He aquí, sin embargo, que esta teoría constituye también el principal origen del desorden; los economistas parecen haberse planteado el siguiente problema:

Teniendo en cuenta que los jefes son más ignorantes que los gobernados, considerando también que, lejos de favorecer el desarrollo de la industria, estos jefes quieren ponerle trabas, y que sus delegados son enemigos natos de los productores, ¿qué organización industrial debería convenir a la sociedad?

Laissez faire, laissez passer! tal ha sido la solución imperativa, tal ha sido el único principio general que ellos han proclamado. Ya sabemos bastante bien bajo qué influencia fue creada esta máxima; porta su fecha con ella. Los economistas han tratado de resolver así, de un plumazo, todas las cuestiones que atañen a la producción y a la distribución de las riquezas; han confiado al interés personal la realización del gran precepto, sin pensar que cada individuo, independientemente de la penetración de su mirada, no sabe, desde el lugar en que habita, y desde el fondo del valle, juzgar el conjunto de lo que no se puede descubrir sino desde la cima más elevada. Nosotros somos testigos de los desastres que han sobrevenido a partir de ese principio de circunstancia, y si hay que citar ejemplos impactantes, estos se acumularían en masa a la hora de testimoniar la impotencia de esa teoría llamada a fecundar la industria. Hoy en día, si reinan algunos privilegios exclusivos, algunos monopolios, la mayoría solo se dan en las disposiciones legislativas. De hecho, la libertad es grande y la máxima de los economistas es aplicada generalmente en Francia e Inglaterra. ¡Y bien! ¿Cuál es el panorama que se presenta ante nuestros ojos? Cada industrial, privado de guía, sin otra brújula que sus observaciones personales, siempre incompletas, por muy extendidas que sean

sus relaciones, trata de informarse sobre las necesidades del consumo. Cuando un rumor circula en torno a una rama de la producción con buenas perspectivas; todos los esfuerzos, todos los capitales se dirigen inmediatamente hacia ella, precipitándose todos a ciegas; nadie se toma el tiempo de preocuparse de la medida oportuna, de los límites necesarios. Los economistas aplauden ante el panorama de esta vía abarrotada, porque el gran número de contendientes les permite demostrar que el principio de concurrencia se ha visto cumplido. ¡Por desgracia! ¿Pues qué resulta de esta lucha a muerte? Algunos afortunados vencen...: pero a costa de la ruina completa de innumerables víctimas.

La consecuencia necesaria de esta producción desmesurada, en ciertas direcciones, de esos esfuerzos incoherentes, es que el equilibrio entre la producción y el consumo se encuentra permanentemente perturbado. De ahí las innumerables catástrofes, las crisis comerciales que vienen a aterrorizar a los especuladores e interrumpen la ejecución de los mejores proyectos. Asistimos a la ruina de hombres probos y laboriosos, mientras la moral se presenta lastimada con ejemplos similares; porque la conclusión a la que se llega es que para triunfar, aparentemente, no basta con la honestidad y el trabajo; uno debe volverse insensato, taimado, astuto; y vanagloriarse incluso de serlo: sin embargo, una vez se franquea ese paso, todo está perdido.

Añadamos a ello que el principio fundamental, LAISSEZ FAIRE, LAISSEZ PASSER, parte de la suposición de que un interés personal siempre está en armonía con el interés general, suposición que un sinnúmero de hechos vienen a desmentir. Eligiendo una entre mil, ¿no resulta evidente que si la sociedad busca su interés el establecimiento de máquinas de vapor impediría al obrero que vive del trabajo de sus brazos unir su voz al resto de la de la sociedad? La respuesta a esta objeción es de todos conocida; en el caso de la imprenta, por ejemplo, se sostiene que da trabajo a más hombres ahora que al número de copistas que había antes de su invención, con lo que se concluye que, por tanto todo acaba nivelándose. ¡Admirable conclusión! Pero, hasta que se complete esa nivelación, ¿qué haremos con los miles de hombres hambrientos? ¿Nuestros razonamientos les consolarán? ¿Soportarán su miseria con paciencia, ya que según los cálculos estadísticos dentro de un cierto número de años, tendrán pan?

Seguramente la mecánica no tenga nada que ver aquí, pues crea lo que le inspira su genio; pero la previsión social debería intervenir de manera que las conquistas de la industria no sean cómo las de guerra; los cantos fúnebres no deben mezclarse con los de júbilo.

El tercer aspecto sobre el cual se puede contemplar la industria es el referido a la relación entre trabajadores y poseedores de los instrumentos del trabajo o de los capitales. Pero esta cuestión está vinculada a la de la constitución misma de la propiedad, la cual será objeto de un examen en profundidad más tarde, ya que constituye uno de los aspectos generales de la reforma social de la nueva doctrina, y no conviene anticiparse sobre el carácter que presenta en las sociedades actuales. En todo caso solo insistir en que las tierras, los talleres, los capitales, etc., solo pueden ser aprovechados de la mejor manera posible cara a la producción siempre y cuando estén confiados en manos de quienes mejor les pueden sacar partido, es decir, las capacidades industriales. Hoy en día, sin embargo, la capacidad por sí sola constituye un título débil para el crédito; antes de adquirir ya se tiene que poseer. El azar del nacimiento reparte a ciegas los instrumentos de trabajo sean cuales sean, y si el heredero, el propietario ocioso los pone en las manos de un trabajador diestro, el mejor producto, la primera ganancia siempre va al propietario incapaz o perezoso .

¿Qué concluir de todo lo precedente, si no es que los resultados que nosotros admiramos serían sobrepasados con mucho, sin los males que ahora constatamos, si la explotación del globo estuviera regularizada y por consiguiente, una visión general presidiera esta explotación? Es esa unidad y ese sistema lo que nos falta. Los líderes de la sociedad han gritado: ¡Sálvese quien pueda! Y cada miembro de ese gran todo se ha diseminado exclamando: ¡Cada uno a lo suyo; Dios para NADIE!

BELLAS ARTES

Después de haber mostrado la ausencia de un objetivo común en las ciencias y en la industria, solo nos resta lanzar una mirada sobre las bellas artes para poder examinar todos los ámbitos de actividad del hombre.

Cuando uno se remonta a los siglos de PERICLES, AUGUSTO, LEÓN X, LUIS XIV, y luego retorna al siglo XIX, no puede sino sonreír, pues a nadie se le ocurre establecer un paralelo; al menos en este punto todo el mundo está de acuerdo. Es verdad que los diarios nos consuelan ante esta desgracia, asegurándonos que somos eminentemente positivos; pero esta explicación apenas constituye un pobre motivo de consuelo para quienes conocen el verdadero sentido de ese adjetivo mágico del que sin embargo tan sorprendentemente se abusa.

Nosotros también apreciamos un estado de marchitamiento y languidez de las bellas artes; y lo atribuimos a causas fundamentales; resulta pues especialmente interesante remontarse a estas causas, pues nos permitirán después ver cuál es el verdadero papel de las bellas artes, y cual es para nosotros el alcance de esa palabra.

Las bellas artes constituyen la expresión del sentimiento, es decir, una de las tres maneras de ser de la humanidad, sin las cuales no habría lenguaje; sin ellas habría lagunas en la vida individual, y lagunas en la vida social. Es debido a ellas que el hombre se encuentra determinado a los actos sociales, a reconocer su interés privado en el interés general; son las fuentes de la abnegación, de los afectos vivos y tiernos. La declaración que se hace hoy en día con cierta complacencia, en torno a su inferioridad, constituye una revelación desgarradora del estado actual frialdad de los sentimientos generales e incluso de los sentimientos individuales. ¿A qué papel han quedado reducidos, cuando se contempla su expresión como un signo de impotencia, cuando se les desprecia como si no fueran más que un mero divertimento?

Están constituidas las bellas artes de dos partes: la poesía o la animación, y la forma o la técnica. Es la primera, sin duda, la que determina a la otra; y sin embargo, hemos visto a la poesía desaparecer, mientras la perfección técnica sobrevive. Hoy en día, casi todo se concentra exclusivamente en la forma; en cambio, la naturaleza de los afectos de la cual aquella debería ser intérprete apenas es considerada. Cuando apreciamos una obra de arte lo hacemos independientemente de su impacto sobre nuestras simpatías, es decir, nos limitamos a contemplarlo bajo un único aspecto. De ahí la indiferencia con la que las bellas artes nos llegan y nos abandonan. Añadamos a ello, de paso, que hoy los verdaderos artistas, los hombres vivamente inspirados, solo reflejan sentimientos antisociales, pues las únicas formas poéticas que se encuentran son la sátira y la elegía. Este es el lenguaje actual de las almas tiernas, de las organizaciones privilegiadas; y, sin embargo, ambas también se encuentran presentes en los sentimientos sociales, ya sea como expresión apasionada de la desesperación, ya sea de un desprecio en todo cuanto hay de puro y sagrado. Pero no nos

detengamos más tiempo en una cuestión que abre una vía tan fácil a la crítica del presente, y adentrémonos en las relaciones sociales, generales e individuales, donde encontraremos las causas de la decadencia de las bellas artes, y verificaremos al tiempo el desorden que permite intuir el panorama ya trazado en el terreno de la actividad científica e industrial.

Más arriba hemos dicho lo que había que entender por las palabras épocas orgánicas, épocas críticas; y hemos comentado que el paganismo hasta SOCRATES, y el cristianismo hasta LUTERO, habían constituido dos estadios orgánicos; bosquejemos algunos de sus rasgos.

La base fundamental de las sociedades de la antigüedad fue la ESCLAVITUD. La guerra constituía para los pueblos el único medio de aprovisionamiento de esclavos, y por consiguiente, de las cosas apropiadas para satisfacer las necesidades materiales de la vida; entre ellos, los más fuertes eran los más ricos; su industria se limitaba a saber saquear. ¡Desgraciado el débil que no pudiera soportar el peso de la armadura! El pensamiento dominante de esos pueblos, su meta cotidiana, era la guerra; todas sus pasiones, todos sus sentimientos respondían al grito de guerra, y sus emociones más fuertes tenían como origen el amor de la patria, el odio al extranjero. La madre misma daba las gracias a los dioses cuando se le traía el escudo del hijo. Recorred la Grecia, recorred la Italia, sólo escuchareis el fragor de las armas; Roma solo dejó de ser Roma cuando el templo de Jano fue cerrado.

¿Deberíamos sorprendernos entonces de la pujanza de las bellas artes en aquella época? Una misma pasión animaba todos los corazones, un único fin los dirigía, un único pensamiento les impulsaba a la abnegación; en aquel entonces, abnegación e inspiración poética eran inseparables.

Una vez el cristianismo, fraguado a partir de la escuela de SOCRATES, acabó con la esclavitud; una vez, al coste de mil sufrimientos, los preceptos del Evangelio, aplicados a la política bajo el nombre de catolicismo, otorgaron a la sociedad una organización nueva, en armonía con sus necesidades, la fe devino una patria espiritual, común a todos los hijos de CRISTO; y a pesar de los odios y el egoísmo de todas las naciones, la nueva patria vio renacer un nuevo amor; y también vio renacer las grandes abnegaciones y las grandes inspiraciones. Ocho cruzadas sucesivas, en el corto intervalo de dos siglos, no debilitaron el fervor de los pueblos; y los siglos de LEÓN X y de LUIS XIV vinieron a coronar la gran obra del cristianismo y el feudalismo que ya tendría más que algunos instantes de existencia, o más bien de agonía, pues después de quince siglos, la organización de la edad media comenzó a verse amenazada por todas partes.

El clero, incapaz de continuar la misión divina que había iniciado, había abandonado a los débiles que debía proteger, y se había subordinado a los sucesores de CÉSAR; por su parte, la nobleza que también se había consagrado, bajo el nombre de caballería, a la defensa del débil, acabó por retirarse a las brillantes antecámaras del gran rey; y los laicos, al apoderarse poco a poco de la ciencia y de la riqueza, derribaron, con sus poderosas armas, la coalición impía que creía en la perpetuación de la explotación del hombre por el hombre.

No es este el lugar donde relatarla larga lucha que preparó la emancipación completa del hombre a través de la abolición de la servidumbre; todos sabemos cuál ha sido el resultado de esa lucha iniciada desde finales del siglo XV. Ahora vivimos en medio de los despojos de la sociedad de la edad media, despojos vivos, que lanzan aun sus lamentos a nuestro alrededor. Nuestra única meta no ha sido otra,

recordando estos hechos, que establecer el carácter distintivo de nuestra época, y constatar que asistimos a una de aquellas que hemos venido a designar bajo la denominación de críticas.

La impronta de las épocas críticas, como la de los grandes fracasos, es el egoísmo. Todas las creencias son abolidas, todos los sentimientos comunes, apagados, el fuego sagrado ya no tiene vestales. El poeta ya no es el cantor divino, a la cabeza de la sociedad para servir de intérprete al hombre, para otorgarle leyes, para reprimir sus inclinaciones más retrógradas, para revelar las dichas del porvenir, y sostener, excitar su marcha progresiva: no, el poeta ahora solo encuentra cantos siniestros. Unas veces se arma de la fusta de la sátira, su verbo se expresa en palabras amargas; se desata contra toda la humanidad, empuja al hombre hacia la desconfianza y al odio hacia sus semejantes; otras veces, con una voz débil, le canta en versos elegíacos los encantos de la soledad, se entrega a un mar de ensueños, le pinta la felicidad en el aislamiento; y, sin embargo, si el hombre, seducido por esas tristes improntas, se aparta de sus semejantes, lejos de ellos solo encuentra desesperación. Pero ese lenguaje ya no tiene el poder de mantenerse; en el ocaso de una época crítica ya no se conmueve al hombre hablándole al corazón, sino haciéndole ver que su fortuna está en peligro; observad a los actuales líderes de la crítica; cuando ellos han tratado de popularizar su sistema, ¿han llamado a nuestros poetas, a nuestros pintores, a nuestros músicos? ¿Qué habrían hecho? Nada, porque ellos solo pueden tocar en nosotros las cuerdas que responden a los deseos individuales. Por eso su respuesta ha consistido en evocar el fantasma del feudalismo, nos lo han presentado todo armado, dispuesto, por un lado a recuperar el diezmo, y de otro a arrebatar a los adquirentes de bienes nacionales sus propiedades. Más recientemente, cuando se ha llevado a cabo un ataque formidable contra la libertad de prensa, contra el paladín de nuestras libertades (como se dice, en lenguaje de tribuna) ¿se ha recurrido para defenderla, a consideraciones generales, morales? Muy poco. ¡De todos es conocido el escaso número de hombres dispuestos a tomar partido por lo que llamamos interés general! Se ha optado más prudentemente por algo más positivo; se han redactado peticiones en defensa de los libreros, los impresores, los papeleros, los encuadernadores, los carteleros, etc.

¡Ah! Decimos: las bellas artes dejan de tener voz cuando la sociedad ya no tiene amor; porque la poesía no es la intérprete del egoísmo. Para que el verdadero artista se revele necesita un coro que repita sus cantos y acoja su alma cuando ésta se libere.

Pero si no existen afecciones sociales, ¿son entonces los afectos individuales los que se encuentran muy desarrollados? Aunque la generación actual se refugia con orgullo en esa esfera cuando se la acusa de egoísmo, parece preocuparse demasiado, sin embargo, para encontrarse a salvo de ese reproche. ¿Cómo se forma en la actualidad ese vínculo tan tierno por el cual un sexo se une al otro para compartir las alegrías y las penas de la vida? Todos sabemos lo que es un buen matrimonio, por oposición a lo que llamamos un matrimonio desafortunado. ¡Pobres jovencitas!, se os pone a subasta como a los esclavos; en los días de fiesta se os engalana para ponerlos en valor; y, a menudo, en su desvergüenza, vuestro padre pone vuestros encantos en la balanza, para así tener que poner un poco menos de dinero ante el indigno esposo que os regatea. Es cierto, y lo decimos con alegría, que hay hombres que repudian este odioso tráfico, pero siguen siendo muy pocos y aun objeto de sorna.

Se podría creer que las afecciones paternas y filiales, aquellas que nacen, por así decirlo, el día en que recibimos la vida no son de la clase de sufrir tan

grandes alteraciones; y sin embargo, todas las simpatías están encadenadas, de manera que la causa que debilita a las unas actúa igualmente sobre las otras; así pues, para alcanzar su más pleno desarrollo, el sentimiento necesita realizarse con todo su esmero ¿O no hemos visto a la filosofía poner en duda fríamente los deberes recíprocos de padres e hijos? Y las herencias ¿alguna vez habían aliviado tanto el dolor, habían acallado antes las lágrimas?

Todos estos males, todas esas miserias, las constatamos con dolor, pero sin amargura. Pues corroen la sociedad, y la aniquilarán si ellas le son inherentes. Al señalar al EGOÍSMO, ponemos el dedo en la llaga más profunda de las sociedades modernas; pues reina con autoridad tanto sobre las naciones como sobre los individuos. En la edad media, gracias al vínculo religioso, se ha podido ver, a pesar de los odios nacionales, a los pueblos de Europa elevarse de común acuerdo para marchar hacia un objetivo común. Los soberanos actuales han intentado restablecer entre ellos una asociación, pero sus esfuerzos solo han tenido como resultado una especie de parodia del pasado, bajo el título de Santa Alianza. Ese pacto europeo, fundado sobre intereses estrechos, y concebido únicamente ante el temor a un movimiento revolucionario, carecía del aliento vital que animaba a la antigua confederación, y no podía tener sino una existencia efímera; perseguía lo mismo que ya había intentado vanamente en otras épocas, asegurar el mantenimiento del equilibrio europeo, problema éste insoluble, en tanto en cuanto los pueblos de Europa no se sientan unidos por una meta común; mientras se mantengan como hasta el momento, cargados de desconfianza los unos con respecto a los otros, entregados a su individualidad, y hostiles a todo poder que no encuentren unido a su propio destino (que ignoran pero buscan), los miembros de esta gran familia europea no se sentirán, como en tiempos de aquella fraternidad espiritual de los cristianos, ligados a un mismo deber, a una misma ley moral.

Nosotros hemos llorado ante las recientes desgracias de Italia y España; habíamos visto a estos pueblos luchar por emanciparse y adoptar una forma de gobierno que nosotros afirmamos amar: Pero ¿Hemos hecho algo por ellos? Sólo PROMESAS inútiles. Los GRIEGOS masacrados a millares han implorado nuestra piedad; ¿nos hemos embarcado en una cruzada? No, ¡Nos hemos limitado a celebrar fiestas y conciertos y recaudar estériles limosnas a cuenta de nuestras sobras!

¿Se podría decir que han sido los gobiernos los responsables de haber reprimido el ímpetu de las naciones europeas, y que sin las trabas impuestas por ellos, nos habríamos lanzado al auxilio de nuestros hermanos y vengado su derrota? América, ese país modélico que no cuenta con el pretexto banal de la coerción ejercida por su gobierno ¿ha hecho algo? Hay que decir para su deshonra que, ¡ha fijado acuerdos comerciales con los TURCOS para su APROVISIONAMIENTO! Algunas zonas de América del Sur han querido sacudirse del yugo español que pesa aun sobre ellas; los Estados Unidos, tan henchidos aun por los recuerdos amargos de la metrópoli; los Estados Unidos, allí en cuyo seno aún resuenan los ruidos de las cadenas recién rotas, ¿han facilitado en algo la emancipación de sus compatriotas? No. ¿Se han ofrecido a ayudar con sus finanzas a la república de Haití a la hora de pagar su rescate? No. Nunca. Ese pueblo libre, que según se afirma, se ha sacudido de todos los prejuicios de la vieja Europa; ese pueblo, por delante de todos los pueblos en vías de civilización, ¡se ha manifestado contra la existencia de un pueblo emancipado, de una nación de negros!

¡Ah! Sin duda, el cuadro que acabamos de trazar de la época actual resultaría desgarrador si éste constituyera la imagen del estadio definitivo de la humanidad. Afortunadamente, un mejor porvenir le espera, y el presente, a pesar de

los vicios, contiene mucho de ese futuro hacia el cual volcamos todas nuestras esperanzas, todos nuestros esfuerzos.

Para destruir un orden social que ya no era posible, se ha proclamado la libertad, y ninguna idea podía ser más poderosa contra las jerarquías justamente derrotadas para la estima de los pueblos; pero cuando se ha querido aplicar esa idea, ya sea en Europa o en América, cara a la construcción de un NUEVO ORDEN SOCIAL, se ha dado la situación que acabamos de bosquejar. Parece creerse que la solución del problema tenía que consistir en poner el signo menos delante de cuantos términos se encuentran asociados a la edad media, pero esa extraña solución sólo ha engendrado ANARQUÍA; los publicistas de nuestra época se han hecho eco de los filósofos del XVIII, sin caer en la cuenta que su misión era precisamente la INVERSA. Han prolongado los ataques con el mismo ardor como si el enemigo estuviera aun presente, y han acabado agotados combatiendo un fantasma.

¿Ha llegado el momento de la producción de una Doctrina social nueva? Todo parece presagiarlo; la gravedad del mal, los clamores infructuosos de algunos filántropos, o las expresiones de sufrimiento de las inteligencias elevadas. Desde hace varios años M. GUIZOT y sobre todo M. COUSIN, han revelado alguna cosa que otra de ese siglo dieciocho, proclamado durante mucho tiempo como el último estadio del progreso del espíritu humano. SAINT-SIMON ya tuvo ocasión de dirigir sus agradecimientos al primero, en un post-scriptum que nosotros recogemos aquí. En cuanto al segundo, se le ha visto, hace algunos años, aportar como conclusión definitiva de la filosofía, la concepción del GOBIERNO REPRESENTATIVO, es decir, el estado político que el primer cuarto del siglo XIX ha venido desarrollándose. Nosotros, que ni abrazamos la edad media ni el constitucionalismo, vamos más allá de los límites del presente; el régimen actual, aun modificado, aun perfeccionado, nos sigue pareciendo algo provisional, porque en su base sigue residiendo el vicio que padece. Sin embargo, nosotros no somos ingratos con los defensores de este sistema; reconocemos que constituye un obstáculo beneficioso frente a las tentativas reaccionarias de los antiguos intereses generales; que también funciona como contrapeso frente a una fracción de la sociedad, que podría sembrar el desorden en una población europea, cuya primera exigencia debe ser la paz. Pero no esperamos nada de sus esfuerzos con respecto a la organización de los pueblos; porque, al igual que la guerra, la crítica solo tiene poder para destruir, y en este sentido, la crítica hoy ya ha cumplido su misión. Se acerca el momento en el que las naciones abandonarán los emblemas de un liberalismo irreflexivo y desordenado, para entrar con amor en un estado de paz y felicidad, renunciando a la desconfianza y reconociendo que puede existir sobre la tierra un poder legítimo.

Echando una mirada atenta a las relaciones sociales hemos comprobado que todos los lazos que unían a los hombres en el pasado están rotos, y lo manifestamos sin ningún pesar; ni siquiera lloramos al ver extinguido el amor a la patria, pues a nuestros ojos el egoísmo de las naciones, ese sentimiento tan puro, que antaño ha inspirado tan nobles abnegaciones, tan generosos sacrificios, ha de dejar paso a un sentimiento más puro, más grande, más fecundo: el amor de la familia universal de los hombres. ¿Habrá que rechazar todavía las nociones de yugo o despotismo, que muchos espíritus inquietos siguen asociando aun hoy con la palabra poder? ¡Ah! Señores, bendigan con nosotros el yugo que se impone por convicción, y que satisface todos los sentimientos contenidos en el corazón del hombre; bendigan un poder cuyo único pensamiento es impulsar a los pueblos hacia la vía del progreso y fecundar todas las fuentes de la prosperidad pública. La doctrina que anunciamos debe adueñarse del hombre en su totalidad, y dotar a las tres grandes facultades humanas de un objetivo común, de una dirección armónica.

A través de ella, las ciencias avanzaran en conjunto y en unidad, hacia su más rápido florecimiento; la industria, regularizada en interés de todos, ya no ofrecerá el espantoso espectáculo de una arena de combate; y las bellas artes, animadas otra vez por una viva simpatía nos revelarán los sentimientos de entusiasmo de una vida común, cuya agradable influencia también se hará sentir en los más secretos gozos de la vida privada.